

—Ah—pensaba Rafael María, comprendiendo la maniobra de Mauricio—. Es temprano y va a ocultarse para esperar una hora más propicia; como un verdadero salteador de caminos—y calenturiento, despechado, andaba a prisa dialogando consigo mismo.

La otra noche llegó a caballo hasta muy cerca de mi casa. Esta noche dejará el potro por ahí, y llegará quedo, sin el peligro de ser delatado por las pisadas de la cabalgadura. . . ¿A qué obedecerá esta nueva táctica? ¿Habrá sido advertido por ella? Estonces. . . ¿es que se han visto después?

¡ Ah, pero eso no será! . . . ¡ es una vergüenza, una inmoralidad!

Entró a su casa, sudoroso, sofocado, y se dejó caer en una mecedora; el chico entró para preguntarle si quería tomar el chocolate; no quiso; prefirió un vaso de agua para bajar aquella amargura que sentía en la boca reseca y pegajosa.

De pronto llegó a sus oídos rumor de voces. Tanasia conversaba animadamente con alguien, allá en la cocina. De pronto un arpegio como de ave celestial, como un sonido de arpa maravillosa, como racimo de prismas de sonoro cristal que una leve brisa agitara, llegó a los oídos de Rafael María. . . Era la risa de Engracia, una risa contenida, como gorgorito de arroyuelo. Sintió que su corazón le daba un vuelco en

el pecho, y se levantó, en un movimiento nervioso, como la partícula de acero que siente de improviso la atracción del imán.

—Ella! sí, es ella! que, aprovechando mi ausencia, ha venido.—Y experimentó un gozo mezclado de resentimiento al hacer esa observación—. Sí, ha venido porque yo estaba ausente.

Empezó a pasear la habitación a grandes pasos para gastar la excitación nerviosa de que estaba poseído; entre tanto pensaba... que nada podía pensar... Sus ideas, apenas concebidas, escapaban en torbellinos de locura, y acabó por fastidiarse del ritmo de sus pasos que distraían su raciocinio. Volvió a sentarse, pero esta vez, un poco cerca de la puerta del corredor, desde la cual podría mirar a Engracia cuando se retirara hacia su casa, pues jamás lo hacía por el exterior, y menos estando él allí en la sala, única salida que quedaba franca durante la noche.

¡Cuánto tardaba! El rumor de la conversación seguía en la cocina, y poco rato después Rafael María oyó que se levantaban, que cerraban la puerta, y salían en dirección del cuarto de Tanasia, que ya sin duda iba a recogerse.

Rafael María experimentaba extrañas sensaciones; tan pronto un calor de fiebre le hacía resoplar, y levantarse para dar algunos paseos por la sala, como se sentaba después, tiritando, con las manos en los bolsillos del pantalón.

A veces reinaba un gran silencio, y Rafael María, temeroso que Engracia hubiese burlado su largo acecho, salía de puntillas hasta el corredor, para cerciorarse de que Engracia aún permanecía allí.

Ya muy cerca de las diez, oyó que se despedían, y advirtió los pasos de Engracia que pasaba por el patio, hacia su casa, procurando no hacer ruido.

Él, desde su asiento la vió cruzar, cubriéndose la cabeza con un rebocillo, e internarse luego bajo los cafetos, por la vereda que el trajín hacía ya tan visible.

Levantóse súbitamente, y la siguió, sin saber porqué en una de esas resoluciones de impulso invencible, que arrastran con la fuerza misteriosa de una corriente cuya impetuosidad no nos detenemos a analizar, que no queremos o no podemos vencer.

Anduvo tras de ella, anhelante, receloso, en sus ansias, del acogimiento que iba a merecer de aquella que marchaba delante de él, con paso apurado sintiéndose seguida en aquella soledad en que sollozaba el idilio.

Engracia llegó al patio amplio y aseado, y antes de transponer la puerta de la cocina, abierta de par en par, se detuvo un momento, y miró hacia atrás.

—Engracia!—balbuceó, él lleno de una emoción que le hacía temblar la voz.

—Ah, usted! . . .—murmuró ella como en una risueña y esperada sorpresa.

Rafael María le tendió la mano, y retuvo un momento la suave y regordeta de Engracia.

Bajo la claridad sideral que les envolvía, se miraron los ojos.

El quedó extasiado contemplando aquellas dos chispas que brillaban en los de Engracia, y sintió vértigo, ese vértigo de los abismos sin fondo a que suele asomarse el alma ofuscada por la intensa fruición del peligro.

—Quería prevenirte, decirte algo que atañe muy de cerca a tu dignidad, a tu decoro de mujer casada—dijo por fin Rafael María trabajosamente, yendo al fondo del asunto con esa urgencia impaciente del que desea decirlo todo de una vez, sin preámbulos sin eufemismos.

—Ah, sí?—contestó ella indulgente, mirándole con esa expresión tranquila de la mujer que no teniendo ya misterio alguno que guardar, afronta impávida cualquier conversación por escabrosa que sea.—Pase adelante—agregó en tono familiar.

Entraron, ella adelante, él <sup>de atrás.</sup> ~~atrás~~. Rafael María dió un ligero vistazo a la cocina, por donde ya había entrado y salido otras veces; el mismo orden, el mismo aseo de siempre. En un ángulo, el fogón; en el hogar, ya apagado brillaban todavía algunas ascuas; cerca, el moladero limpio a filo de cuchillo y estropajo.

Sobre una mesa algunas ollas embrocadas que parecían nuevas, según estaban de limpias; en algunas reglas clavadas en las paredes, colgaban jarros, tazas y limpiones. En el ángulo del frente, un pequeño horno, alto y panzudo, como la diminuta cúpula de una mezquita, donde Engracia asaba sus amasijos, que ya contaba con buena clientela en el pueblo, y allí cerca, un haz de leña de café, y algunos manojos de chamarasca.

Entraron a la sala y se sentaron en sendos taburetes de cuero, cerca de una mesa donde podía verse un pequeño nacimiento, en su camarín, y dos cacharros con flores.

Cruzaron algunas frases indiferentes, banales que permitieron a Rafael María reportarse, y meditar en la conversación que iba a abordar movido por un celo que él mismo no podía clasificar, si era el de su apostolado, como director de almas, o si era el de la pasión humana que le devoraba ahora más que nunca, ante la sospecha de que Mauricio visitaría esa noche a su mujer, de la misma manera que se visita a una amante, a media noche, escalando los muros que la guardan, y burlando la vigilancia de quienes tienen derecho y obligación de hacer respetar su recato,

Y Rafael María habló, habló largamente poniendo en su discurso aquella dialéctica convincente y apasionada con que solía tratar ciertas cuestiones.

Engracia le oía, con la vista baja, las manos entrelazadas sobre su regazo, a veces sonriente y tranquila, otras ruborizada y llena de congoja. No se atrevía a alzar la vista del suelo, y sentía sobre sí la mirada a veces cariñosa, a veces severa de su interlocutor que hablaba con aquella lógica inflexible que no admite convencionalismos ni componendas allí donde debe reinar la más sana moral, aquella que ha de ser la norma en la vida de una mujer honrada.

—Él—continuaba Rafael María—es tu marido ante Dios y los hombres; pero desde que atentó contra tu vida y derramó tu sangre, sus derechos están en entredicho. Toda transgresión a la ley lleva ~~en esto un~~ castigo, como reparación a la falta cometida; mientras él no purgue esa falta, y la sociedad no obtenga sanción, él no tiene derecho a ti, y tú violas las leyes divinas y humanas, recibiendo aquí a ese hombre, equiparando el matrimonio que los une, al más asqueroso concubinato.

Hubo una pausa, durante la cual Engracia sollozaba tristemente.

Rafael María la miraba conmovido, y veía cómo el pecho de la infortunada se dilataba para dar paso a los suspiros que la ahogaban. Sobre el pecho, alto y redondo, de Engracia, Rafael María veía brillar la medallita de oro que él le regalara hacía algunos años.

*en el su*

En el reloj de la Iglesia sonaron once campanadas, que vibraron con inusitada intensidad en el silencio de la noche, y como si aquellas campanadas fuesen una señal ya convenida, tres golpes resonaron en la puerta de la calle, y una voz ronca, áspera llena de impaciencia les dejó suspensos.

—¡Engracia, abre pronto!

Engracia palideció horriblemente, y quedóse mirando a Rafael María, indecisa, angustiada en aquella sorpresa.

—Ya lo ves—dijo Rafael María a media voz— como es cierto... ¡Mira como te comportas!

—Yo no tengo la culpa...—Gimió Engracia en el colmo de la angustia...—Ya sabe cómo es...

—¡Abres o echo abajo la puerta!—gritó desde afuera Mauricio, dando un fuerte golpe con el cuchillo, que quedó vibrando—Ya te oigo hablar con alguien... Quiero saber con quién me engañas... ¡Mosquita muerta!

—Por Dios—volvió a gemir Engracia, retorciéndose las manos—. Váyase, corra, por la cocina...

—¿Que huya?—contestó Rafael María sonriendo fríamente—¡Nunca!... Huye el ladrón, el que teme, yo no temo nada—y en tono severo, casi imperioso, ordenó:—¡Abre!

—No, no, por Dios; me mata! y luego usted...

—¡Abre!—repitió Rafael María.

Engracia no se movió, y aterrada, miró a Rafael María levantarse tranquilamente y encaminarse a la puerta; con mano firme descubrió el pasador, y la puerta quedó de par en par. Mauricio se precipitó en la sala como la fiera que traspasa la puerta del toril; quedó mudo de asombró, en medio de su excitación alcohólica, mirando a Rafael María de hito en hito, con ojos centellantes.

—Ah, era con usted... ¡con el cura!—exclamó con voz ronca, rechinando los dientes.

Tenía el cuchillo desenvainado, y se dirigió resultamente a Engracia, tratando de asirla por el cuello con la mano izquierda, mientras blandía el cuchillo, brillante, amenazador, en la diestra.

Rafael María acudió rápido, y asió por la muñeca a Mauricio; y con tal fuerza le hizo bajar el brazo, que el cuchillo se le escapó de la mano.

Mauricio intentó tomarlo de nuevo, pero Rafael María, con un movimiento rápido, lo detuvo por el pecho, rechazándolo sin ira, y tomó el arma. Mauricio le contemplaba lleno de rabia, y avanzó dos pasos.

—Sí, ya me lo habían dicho...—gritó—~~¡Todos los curas son lo mismo, hipócritas!~~ Para eso se trajo la querida cerca <sup>de</sup> su casa... Pero yo soy todo un hombre, y a mí no se me sacará la mano si... <sup>le</sup>

Engracia sollozaba en un rincón, y al oír



estas palabras, avanzó resuelta, y encarándose con su marido, le apostrofó valientemente:

—Cállate, y no mientas, sólo borracho puedes decir semejantes cosas...

Rafael María había sentido que aquella injuria le quemaba el rostro. Altivo, severo, lleno de una majestad que hizo bajar la cabeza ~~del~~ beodo, *al* avanzó hasta él, y mirándole compasivo exclamó:

—No blasfemes, hijo, porque lo que estás diciendo es la más horrible de las blasfemias. Esa mujer, que te entregué pura, es más pura que la luz del sol; ni los maldicientes ni los malvados, que sólo alientan para esparcir el veneno de sus almas en su deredor, podrán acusar a esa mujer, que es inmaculada; arrodíllate a sus pies y pídele perdón, antes que un rayo de Dios te parta la lengua, esa lengua que Satanás ha movido para la más cruel de las blasfemias, la calumnia.

Y Rafael María poseído de santa indignación, intentó hacer que se arrodillase, mas Engracia ~~Exclamaba~~ suplicante:

—Déjelo, déjelo, que se vaya...

—Vete, hijo, y que Dios te ayude, repitió Rafael María, indicándole la puerta.

Mauricio, creyente a pesar de sus yerros, y que parecía haber recobrado algún respeto hacia la persona de Rafael María, se contentó con decir:

—Estoy en mi casa... Quiero hablar con mi mujer.

—No, hijo mío—replicó Rafael María—esta no es tu casa... Y esa será tu mujer, cuando compunges las penas que las leyes humanas te impongan por haber atentado contra su vida, derramando su sangre, y merezcas su perdón.

—No me voy...

—Pues te irás; supongo que no querrás obligarme a que llame a la justicia y te prenda... Ya sabes que el presidio te espera...

—¡Qué me importa el presidio! para los hombres se hizo.

Rafael María, vista la negativa de Mauricio, le tomó por un brazo, y sin necesidad de desplegar mayor violencia, le puso en la puerta. Probablemente el mozo optó por alejarse de allí, en previsión de ser prendido por la justicia, que le perseguía como reo rebelde y contumaz.

Ya fuera, y como última protesta, se volvió hacia la puerta que se cerraba, y exclamó, alzando un puño en ademán de reto:

—Ya lo veremos, Padre. ¡Estos curas!

## XXXV

Y Rafael María volvió a sentarse frente a Engracia, en una situación de ánimo difícil de describir. No pensaba en marcharse, a pesar de ser la hora tan avanzada, y se sentía como clavado en el asiento: algo le retenía allí con insistencia, con fuerza irresistible como en reto hacia lo imprevisto, como quien espera el desenlace de una situación escabrosa y complicada, confiándose indolentemente, dejándose arrastrar por un instinto de atrevida curiosidad, hacia algo enorme que le espantaba y le subyugaba al propio tiempo,

— ¡Qué escena tan vergonzosa! — dijo por fin, rompiendo el silencio —. Si tú no te hubieras convertido en su cómplice, estas cosas no se verían aquí...

— ¡Y qué quiere que haga! Al fin es mi marido — exclamó Engracia, tímidamente, disculpándose.

— Sí, es tu marido, pero no debes olvidar que una esposa, por humilde que sea, debe cuidar de su decoro, de su dignidad... ¿Qué dirían las gentes que vieran abrirse esa puerta a me-

día noche, para dar paso a *un hombre*, cuando saben que tu marido huye de la justicia? Crees tú que el matrimonio fué instituído para desahogo de concupiscencias, y que el hogar debe convertirse en prostíbulo?

Engracia no alzaba la vista del suelo, avergonzada; de pronto, en resolución valiente, atrevida, y como en una protesta en que resumía todo el sufrimiento de su alma, sin meditar, sin analizar sus palabras, exclamó en son de amargo reproche:

—Sí, es verdad!... ~~pero de~~ <sup>De</sup> todo esto, usted tiene la culpa!...—Y como si todo el valor de su alma se hubiese agotado en esa dolorida exclamación, escondió el rostro entre las manos y rompió a llorar amargamente.

Rafael María sintió que un dardo se clavaba en su corazón al oír aquellas palabras. Quedóse mirando a Engracia, con ojos extraviados, como aplastado por aquella terrible verdad que acababa de oír, fría, desnuda, implacable, e irguiéndose en su asiento, aparentando una calma que estaba muy lejos de poseer, repuso:

—Eres muy cruel conmigo, Engracia, al hacerte responsable de tu desventura. Dios sabe cuánto deseaba tu felicidad, ya que yo no podía...

Su voz se turbó con emoción dolorida, y continuó hablando vehementemente. Él había creído hacerla feliz, formarle un porvenir de acuerdo con sus tendencias y aspiraciones...

Pero luego, la fatalidad, aquello era obra de la fatalidad, de lo inesperado que surge para destrozarse la obra del bien.

—Usted sabía que yo no podía ser feliz— clamó la cuitada, alzando la faz anegada en lágrimas, y mirando a su interlocutor con expresión de profunda pena... — ¡No era posible!...

Rafael María enjugó con su pañuelo aquellas lágrimas, venciendo los impulsos que le acometían para no enjugarlas con sus labios.

Solícito y con amorosa delicadeza apartaba de la faz de Engracia algunos cabellos, y ella, al sentir aquellas caricias, dobló la cabeza que reclinó en el hombro de su amigo, buscando aquel refugio de cariño, acogéndose a aquella alma noble, y llena de abnegación, que juzgaba separada de la de ella por distancia inconmensurable que no le sería dado salvar nunca nunca.

Y él, sintiendo aquel delicioso tormento sobre su pecho, hablaba, hablaba con la ingenuidad de su alma dolorida.

—Ciertamente—decía—vivimos un idilio espiritual, en que mi alma se sintió arrobada, pero... a veces me asaltaban dudas mortales, deseos infinitos... sufría por ti, por mí; quise asegurarte un porvenir...

El alma es un rosal de eternas florescencias: caen las rosas y se marchitan para dar lugar



a otras que brotan después... Yo alenté la idea de que en tu alma podía nacer otro afecto que te redimiera y te salvara para el amor... que yo no podía ofrecerte, y me quedé solo, en la más espantosa soledad, con las rosas de mi rosal que se podrían plétóricas de perfume, de un perfume enloquecedor que me trastornaba; y ahora que has vuelto aquí, a mi lado, empujada por la fatalidad, pienso que ya no tendré fuerzas para dejarte, juguete del infortunio que te arrastra no sé adónde... Y deseo huír, huír lejos...

—Sí, yo lo sé; se que se va usted lejos, muy lejos... Me lo habían dicho, y sin embargo, usted me lo ha ocultado...

—Escucha—replicó Rafael María saboreando su profunda amargura...—. Mientras yo sentí el bálsamo de tu amor sobre mi herida, era mi existencia más llevadera; tenía el santo estímulo de mi martirio; hice de ese amor un culto que espiritualizó mi pasión... Mas, ahora que ya no vivo en tu alma, me siento muy solo, ¿a qué negarlo? Esa muerte de mis recuerdos, ese olvido me hiere con herida cruel... Insensato de mí, que llegué a creer que en tu corazón perduraría el afecto con que embelleciste mi existencia... Yo he renunciado a todo, a todo menos a morir en tu corazón.

Los ojos de Rafael María se humedecieron, y su voz se extinguió en dejos de una apasionada amargura.

—Y porqué dice usted eso?—repuso Engracia en toda la plenitud de su ingenuidad, con aquella viveza de ingenio que le era peculiar, para juzgar de ciertas cosas—. El afecto que nació en mi corazón y que con él creció, vive hoy lo mismo que ayer... Ese afecto despertó en mí ciertos naturales anhelos de vida, y por eso me casé... Yo sufría mucho, mucho... Después, hubo un tiempo en que creí amar a Mauricio... Era apasionado, ardiente... Las pasiones espirituales no son más que un constante sacrificio que no todas las almas pueden soportar... Al fin no somos de piedra... y... Engracia calló; no sabía si habría podido expresar con propiedad aquella idea concebida casi al propio tiempo que la dejaba escapar de su boca, y quedó con la vista baja, en actitud triste y resignada.

Luego, alzando la vista hacia su amigo, exclamó, dulcemente, como siguiendo una idea que le obsesionaba:—Yo sufriré mucho si usted se va. Sería una ingratitud... ¡Me encuentro tan sola!

Rafael María se estremeció. Un relámpago de alegría iluminó su faz, y sintió su alma anegada en un mar de piedad, de dulzura, hacia aquella pobre huérfana, que buscaba el arrimo de su viejo cariño, como único refugio en el tormentoso mar de la vida. Mas, esa sensación de júbilo intenso, duró apenas breves instantes: de pronto, su frente se nubló, y su faz adquirió

una expresión extraña. Bajó los ojos y quedó meditabundo.

Pensaba en las anteriores palabras de Engracia, y analizaba su situación con aquella claridad en que a veces ardía su espíritu... Se vio ridículo, se juzgó hipócrita... ¿A qué había venido a la casa de Engracia esa noche? Su conciencia le acusaba. Había venido a estorbar la entrevista de Engracia y Mauricio, y aprovechaba la ocasión para reconquistar el cariño de aquella mujer, cuando se creyó olvidado, puesto a otro hombre, y con qué objeto?

En sus oídos resonaban las palabras de Engracia: «Las pasiones espirituales no son más que un constante sacrificio que no todas las almas pueden soportar... Al fin no somos de piedra!»

*qué!* ¡Qué aplastante pero lógico razonamiento! Aquella mujer hablaba el lenguaje de la naturaleza, sin eufemismos, sin alambicamientos sutiles... Sí, él lo sabía bien; aquel culto amoroso de que blasonaba, no era otra cosa que un erotismo sublimado a fuerza de convencionalismos, una fantasmagoría que no había logrado engañar ni a su fe, ni a su corazón, ni a su sexo... Ya conocía el pensamiento de Carl Vogt: «Las leyes de la naturaleza son fuerzas inflexibles. No conocen ni la moral ni la benevolencia».

Su pensamiento era como una mole que giraba en su cerebro y le atontaba a fuerza de



golpes. Sin saber lo que hacía, se levantó, confuso como un sonámbulo, y mirando a Engracia de manera extraña, como quien mira un fantasma que surge de improviso entre las sombras, salió de la sala, paso a paso, atravesó la cocina, y se internó bajo los cafetos del patio en dirección de su casa.

~~Engracia le miró salir, extrañada.  
— ¿Qué le ocurrirá? — se preguntaba — y quedó temerosa pensando si su amigo se habría vuelto loco.  
— ¡Pobre! — murmuró, lanzando un hondo suspiro.~~

\* \* \*

Algunos días después, Rafael María recibió un oficio de la Curia, en el cual se aceptaba la renuncia de su cargo, y se esperaba el momento oportuno para enviar al sacerdote que debía reemplazarlo.

Leyó la comunicación sin mayor interés, con indiferencia, sin hacer caso de las frases en que se elogiaba su labor y su celo, y en las cuales se le manifestaba el sentimiento por su separación de aquella feligresía en que siempre había reinado la paz y la concordia de la familia cristiana.

Comprendió que la suerte estaba echada, y que no podía volver atrás en aquella determinación suprema, heroica, a que se había asido su alma, tan terriblemente atribulada.

Apenas si dió traza en el arreglo de algunos pequeños detalles. Le parecía aquello tan lejano todavía, que a veces creía ser juguete de un sueño. ¡Era, pues, cierto? Dentro de algunos días abandonaría aquel plácido lugar donde había nacido, donde había corrido su infancia dulce y feliz, donde tanto había amado y sufrido, donde dejaba — tal vez para siempre — aquel hondo afecto por tantos años cultivado, tanto más hondo y avasallador cuanto más distante lo juzgaba de esa plena realización a que caminan las ansias del amor con su lógica inflexible, ansias que su carne adivinaba en torturantes delirios, en soñaciones que le atraían con vértigos que le hacían palidecer, temblar en espasmos de un deseo infinito. — ¡Qué sería de Engracia, entretanto, sola, abandonada a su propia suerte?

El corazón de Rafael María se despedazaba de angustia entre aquella lucha cruel e implacable en que se debatía hacía ya tanto tiempo.

Con el alma ahogada de amargura, continuaba algunos preparativos, sin prisa, y siempre confiando en que algo raro, sobrenatural, surgiría de pronto, como una luz en aquellas tinieblas de su espíritu, porque ya desconfiaba de encontrar en sus propias fuerzas aquellas heroicas determinaciones de otros días.

— ¡Pero es cierto que me voy? — se preguntaba a veces a solas, en aquella cruel certidumbre,

cuando recapacitaba después, cansado de ciertos trabajos en que se había ocupado para vencer aquella postración de su espíritu.

Había escrito un pliego de instrucciones para el mayordomo de la Iglesia; fué éste uno de sus mayores cuidados. Deseaba que los restos de su infortunada madre fueran trasladados al cementerio de la villa cuando transcurriera el tiempo reglamentario, y ya había comprado el lugar destinado a guardarlos. Cumplido este piadoso deseo, se sintió muy aliviado, y pensó resueltamente en los demás preparativos.

Una tarde, después de la comida, se encontraba en su cuarto escribiendo algunas cartas urgentes, cuando Tanasia, su vieja cocinera, apareció en el umbral de la puerta, en actitud humilde y llorosa.

Era el caso tan desusado, que Rafael María la miró sorprendido y risueño, y con la afabilidad con que siempre había tratado a aquella vieja servidora, a la cual quería de manera entrañable, le preguntó:

—¿Qué le ocurre, Tanasia?

—A mí nada; ¿qué le puede ocurrir a una vieja que ya sólo sirve de estorbo?—contestó la preguntada, con voz afligida y haciendo pucheros.

—¿Por qué dice usted eso, Tanasia? usted que es la persona que más quiero, que...

—Sí, me quiere tanto, que ni siquiera me ha

dicho que se va lejos, para *allá bajo*... Lo sé por otras personas... Usted no me ha dicho nada y quiero saber si es verdad.

Y Tanasia empezó a sollozar, enjugándose los ojos con la punta del delantal.

Rafael María recordó que, efectivamente, no había dicho una palabra a aquella pobre vieja que tanto le amaba y de la cual había recibido cuidados y atenciones maternas. Se sintió apenado, y empezó a hablar disculpándose:

—Pero Tanasia—dijo, levantándose y aproximándose a ella en actitud cariñosa.—Si este asunto, aunque meditado hace algún tiempo, apenas se ha resuelto ahora, es decir, ayer, tenía que esperar el permiso de mi superior... Yo no estaba seguro, y aguardaba esa resolución para decírselo... ¿Cómo iba a suponer que yo no le participara este viaje? Yo me reservaba la ocasión de hacerlo cuando fuese cosa cierta, resuelta... ¡Tenía tanto que preparar!...

—Bueno—repuso Tanasia consolándose un poco—.Si es verdad ese viaje, yo quiero decirle que yo también me voy... Yo no quiero quedarme aquí, sabe Dios quien irá a ser el cura que venga. ¡Ay señor! por qué no todos los curas son como el Padre Juan, que de Dios goce, y como usted...

—Calle, Tanasia, no murmure, todos somos como Dios nos hizo.

No, señor—repuso Tanasia—.Yo no murmuro

del prójimo, líbreme Dios de eso... Digo lo que yo ví cuando después de muerto el Padre Juan, venía el Padre Félix, el cura de El Piñal, a servir el curato, los domingos... No tenía más vida que estar persiguiendo a Engracia, proponiéndole cosas pecaminosas... ¡Jesús lo ampare!

—¿De veras? — preguntó Rafael María, sorprendido por aquella revelación.

—Y tan de veras que ya después yo no dejaba que Engracia le sirviera el almuerzo ni nada. La mantenía en la cocina mientras yo atendía al Padre en lo preciso... ¡Jesús me ampare, y qué sacerdote de Dios más inquieto!

Rafael María guardó silencio breves instantes. Sentía indignación, celos retrospectivos de aquel desgraciado colega cuya vida de escándalos le había conducido a la más espantosa degeneración, yendo a parar al asilo Chapuí<sup>(1)</sup>, loco de satiriasis y de alcohol, donde estaba recluído hacía más de un año.

—Bueno—repuso Rafael María, cambiando de conversación—¿Y por qué quiere irse?

—Ya estoy vieja, señor, y cansada... He servido en esta casa muchos años, y seguiría aquí, pero si usted se va yo no tendría fuerzas para quedarme... Me creería sola en el mundo...

Allá en San José tengo un hermano—prosiguió—ya viejo también, y quiero pasar los pocos días que me quedan a su lado... Tal vez cuan-

(1) Casa de Orates. Lleva el nombre del Padre Manuel Antonio Chapuí de Torres, en memoria de ese benefactor.

do usted vuelva, si le sirvo de algo, yo no tendría inconveniente en volver aquí. . . —Y de nuevo Tanasia empezó a sollozar afligida.

Rafael María la contemplaba compasivo. Veía aquella faz rugosa en que el tiempo había dejado las huellas de sus garras. Vinieron a su memoria reminiscencias de su infancia, en que Tansia ejercía allí funciones casi maternas, y sintió su alma anegada de ternura, de un hondo reconocimiento hacia aquella pobre vieja tan buena, tan dulce, tan amorosa.

—Tiene razón—dijo Rafael María, conteniendo a su vez las lágrimas que empañaban sus ojos.—Sí, vaya a descansar. Yo atenderé a todo lo que necesite y tendré el gusto de probarle que no soy ingrato. . . Le escribiré de donde quiera que me encuentre, para que ruegue a Dios por este pecador que la ha querido como a una madre. Y conmovido abrazó efusivamente a Tanasia, que derramaba un mar de lágrimas. Tres días después Rafael María dispuso el viaje de Tanasia, a la cual obsequió largamente con dinero y con algunas otras cosillas de que fué bien acondicionada.

Mucho echó de menos Rafael María en el servicio de su casa, pero tuvo que conformarse pensando en que muy pronto abandonaría aquel nido de sus afecciones, que consideraba ya roto, deshecho por esa ciega concatenación con que las circunstancias van hilvanando el curso de la vida en el loco rodar de los acontecimientos.

## XXXVI

Nunca, para Rafael María, se despeñaba el tiempo con tan inusitada velocidad. Veía pasar las horas y los días en aquella inconsciencia de su espíritu, y al despuntar cada aurora, pensaba, aterrado, casi sorprendido, que un día menos le separaba de aquel en que tendría por fin que alejarse de aquella casa con el corazón despedazado.

¿Qué esperaba?; todo lo que creía necesitar estaba listo. Su baúl ya en perfecto orden, con alguna ropa, la más necesaria para el camino. Él pensaba hacer acopio de algunos efectos allá, donde sabía que podría obtenerlos en mejores condiciones. La valija también estaba provista de aquellos objetos que deben llevarse a la mano, bien acondicionada, y, sin embargo, él permanecía allí irresoluto, meditabundo, cumplien apenas con los deberes más precisos de su ministerio, sin aquel celo y ardimiento que siempre había demostrado en el ejercicio de sus funciones.

Cuántas veces al acostarse recordaba que no había leído el oficio del día, que no había to-

cado su breviario, y que había pasado el tiempo sumido en lecturas de autores profanos, sobre ciertos problemas que le intrigaban ahora con mayor fuerza, que le obsesionaban. Otras veces no dejaba la Biblia de la mano, y las epístolas de San Pablo consumían toda su atención. Luego consultaba los más renombrados exégetas, y se sumía en profundas meditaciones que le dejaban el cerebro vacío, como si hubiera consumido en aquella ebullición de sus ideas, todo el fuego de su pensamiento, y el corazón torturado por la duda y la incertidumbre.

Y meditaba, de codos sobre la mesa, cuando todo dormía en aquella paz sepulcral, meditaba en un fenómeno que le sorprendía, de algunos días a esta parte, y que le contristaba profundamente por la fuerza inflexible de la verdad con que se le imponía. La disminución de su fervor, aquella cierta laxitud, aquella negligencia en que yacía su espíritu, antes tan activo y tan celoso para las altas y nobles determinaciones de su fe; tan puro y tan severo para la observancia de sus preceptos sacerdotales; y tan generoso, tan denodado, tan heroico, para la lucha que fortifica y para el sacrificio que sublima.

—¡Dios mío!—murmuraba... —¿Por qué?

Y con profundo abatimiento dejaba caer la cabeza entre sus manos. En medio de aquellas dudas saltaban de pronto ideas consoladoras



que le distraían un momento, y que al ser analizadas, caían, se desbarataban ante sus propios razonamientos. Es la idea del viaje—se decía—, ese natural temor hacia lo ignoto, ese secreto anhelo de la curiosidad que promete horizontes desconocidos, la voluptuosidad de lo ignorado, de lo deseado... Cruzar el mar, hender gallardamente la comba de las olas, bajo la inmensa cúpula de los cielos... Vivir entre gentes de otra raza y de otras costumbres, en aquella promiscuidad que une a los seres ante el peligro.

Toda esa perspectiva que amamos y que tememos al propio tiempo... Sí, eso es lo que tiene a mi alma acongojada, inactiva, fría...

¡No!, no es eso—le decía su conciencia— ¡Es el amor que te detiene! Estás preso en sus redes. En vano tratas de engañarte, es el amor... El alma del mundo que repercute en tu alma...

¡Eres criatura humana, no podrás sustraerte a su imperio; si tal hicieras, serías un sér horriblemente deformado y profundamente inmoral!...

¡Dios es amor!

Y su espíritu se abismaba en soñaciones inefables, y Engracia era el centro de aquel sistema de mundos luminosos en que su fantasía revolaba, como la mariposa enloquecida ebria de luz, alrededor de la llama que por fin la consume.

Luego, volvían las tinieblas, las profundas tinieblas de la duda, de la incertidumbre, y per-

manecía con los ojos fuertemente apretados, vi-  
viendo su vida interna con toda la intensidad de  
su amargura. Mas, en esa clarividencia de su es-  
píritu veía, a intervalos, así como se divisan en  
unos cuantos segundos a la luz cárdena del re-  
lámpago, admirables lejanías, panoramas y mi-  
rajes paradisíacos... la imagen de una mujer  
amada, reinando en un nido en que cantaba el  
amor el eterno himno de la vida. *z*

Se tendía luego en el lecho, hosco, ~~casi~~ escépti-  
co, y comparaba su vida casi baldía, con la del  
hombre que trabaja, que ama y se reproduce hon-  
radamente, sintiendo que sobre el techo que le  
abriga a él, y a su compañera, está la bendi-  
ción de Dios y la estimación de sus semejan-  
tes, como un dosel que le ampara.

*forzados* ¿Y, qué era él? ministro de Dios, ministro de  
un culto que no necesita de ~~cunucos~~ espiritua-  
les ante la sociedad, ~~ni de forzados ante la pro-  
pia conciencia;~~ porque ese culto vive y perdura  
en el corazón de todo hombre que ama, que  
trabaja, y que alarga un pedazo de pan al des-  
valido. Y Rafael María insomne, calenturiento  
en sus divagaciones, se revolvía en el lecho, y  
no lograba sino pocas horas de descanso, de las  
cuales venía a privarle el toque de la campana  
llamándole a misa, con tonos que más le pare-  
cían toques de agonía.

¿Ah, por qué estudiaba? ¿Por qué analizaba?  
¿Por qué profundizaba aquellos problemas que  
le trastornaban tan profundamente?

¡Dichosa ignorancia!... ¡Cuánto más felices seríamos en tu regazo!... Creer, creerlo todo, no pensar en nada, no inquirir nada, no analizar nada, aceptarlo todo con los ojos cerrados, alzar del arroyo un puñado de barro y creerlo de oro finísimo... ¡He ahí la felicidad!

Volvía de decir su misa meditabundo, distraído, pensando en que muy pronto debería ponerse en marcha, apurar pronto, en un momento de resolución, aquel cáliz tan hondo, cuyo acíbar se concentraba día por día.

—Mañana? — se preguntaba—. No, mejor el lunes, cualquier día... Cuando todo duerma en la apacible tranquilidad de la noche, saldré sin que nadie se entere, como aquel que huye... Una despedida muda, silenciosa, sin estrechar una sola mano querida, sin mirar una lágrima, como un desertor del deber que se ampara cobardemente en la sombra.

~~Y ella, ella, qué pensará, Dios mío!~~

El desasosiego de su alma era infinito; entraba a su cuarto para volver a salir, y vagaba por todas las dependencias de la casa, como si buscase a alguna persona con quien compartir sus penas.

Se acercó a la caballeriza: su caballo, un alazán alto y bien formado, que había sido de su padrino, alzó la cabeza de la canoa donde comía, y quedó mirándole con ojos inteligentes. Acarició su cuello con palmaditas, y el caballo, dando

un resoplido, volvió a su ocupación. El otro caballo, el más viejo de la casa, que pensaba regalar a algún amigo pobre, antes de irse, no se molestó siquiera en mirar a su amo, siguió comiendo tranquilamente.

Atravesó el patio, mirándolo todo; el gato trasnochador incorregible, dormía su siesta todavía, con las patas estiradas y rodeando la cabeza vuelta hacia arriba con una de sus manos, enseñando en aquella posición llena de coquetería, y de una graciosa pereza, el ángulo rosado del hocico.

A veces, en ese ir y venir incierto y caprichoso, llegaba cerca de las dependencias de Engracia, y al sentir los latidos de su corazón regresaba pálido, asustado, como sorprendido de aquella audacia.

—¿Que hará ella en este momento?—se preguntaba.

Cuando volvió al corredor se sorprendió de ver la mesa preparada para la comida: el plato, el cubierto, el salero, la tinajita de agua fresca, y recordó a su vieja criada, a Tanasia, que había dejado en aquella casa un gran vacío que todavía él sentía, por el afecto que siempre había profesado a aquella excelente servidora que le recordaba los días felices de su infancia y sus primeros sufrimientos.

—¿Cómo, ya es hora?—se preguntó extrañado, y consultó su reloj: las cuatro y media; ¿Qué tarde!

Recordó que la criada que substituía a Tanasia, vivía un poco lejos, al cuidado de sus chicos, y por no causarle retraso, se sentó a la mesa más por costumbre que porqué tuviera ganas de comer.

Horas después se paseaba en el corredor, en la misma preocupada actitud.

Era noche de plenilunio.

Al través del follaje del jardín, Rafael María se recreaba mirando la lejana cordillera, por donde empezaba a parecer el pálido incendio del Oriente; ya veía un pequeño sector que a instantes se agrandaba. Miraba tan fijamente, que le era sensible aquella ascensión poética, majestuosa. El globo salió por fin, se destacó hermoso y brillante, y continuó ascendiendo hacia la infinita serenidad de los cielos, inundando el valle de esa placidez que lleva al alma mil infinitos misteriosos deseos y añoranzas siempre sentidos, jamás satisfechos ni explicados.

Aquella dulce melancolía contagió el alma de Rafael María, que contemplaba estático la esplendorosa belleza de los cielos, ante la cual se prosternaba en la exaltación de su misticismo.

Salió al patio, y empezó a pasear bajo la luz de la luna. Sin saber cómo, sin darse cuenta clara de lo que hacía, tomó por la vereda, bajó los cafetos y se aproximó al jardín de la casita de Engracia.

Volvió en sí cuando, allá, en la puerta de la cocina, vió la silueta de una mujer, bañada por

la luz de la luna; era Engracia, que también gozaba de las maravillas de aquella hermosa noche.

Ella no se sorprendió cuando lo vió avanzar, tranquilo, resuelto, con aquel talante reposado que le era peculiar. La saludó, emocionado, mirándola apasionadamente a los ojos, con mirada triste, honda, como de mudo reproche, o como de súplica fervorosa.

— ¡Qué bella noche!—le dijo él sonriendo.

— Muy linda... muy linda—contestó ella, bajando la vista y mirando a su amigo de frente.

— Ví salir la luna, no perdí ni un momento desde que empezó a despuntar tras de la cordillera...

— Yo lo mismo, qué casualidad! no he separado la vista de ella—interrumpió Engracia sonriendo.

Y Rafael María pensó:— ¡Con razón había tanta luz en el cielo!

Después de breve conversación, pasearon un momento por el jardín, y aspiraron los efluvios de las flores que parecían dormitar narcotizadas en su ambiente de perfumes.

— ¡Qué bien huele!—exclamó Rafael María aspirando con deleite.

— Una delicia... A veces siento el aroma en mi dormitorio.

— Es que el aroma lo llevas en tu alma—replicó él poetizando en un rasgo de buen humor:

—Cosa nueva para mí, jamás lo había notado—  
dijo ella riendo.

Se internaron bajo los cafetos sintiendo en sus almas una imperiosa necesidad de disfrutar de aquella apacible calma que ponía en sus espíritus una cierta oculta afinidad de sentimientos. Andando a la ventura, llegaron cerca del cenador, donde hacía tanto tiempo habían estado juntos, y donde hubieron de tratar el gravísimo problema del matrimonio con Mauricio.

La mesa y los bancos estaban llenos de hojas secas que la brisa había sacudido, y como Engracia hiciera ademán de entrar Rafael María, galante, se adelantó, y haciendo uso de su pañuelo sacudió la hojarasca.

Se sentaron en un extremo; ella distraída dando un suspiro, puso un codo en la mesa y reclinó la frente en su mano.

Rafael María no pudo menos de hacer remembranzas de los tiempos pretéritos, y a su imaginación llegaban los recuerdos de aquellos días felices. Hubo una larga pausa.

Él meditaba, y a veces su alta frente parecía ensombrecerse: su ceño parecía adusto, severo, y sus ojos volvieron a despedir los destellos de una profunda tristeza, como un cielo que siente el ocaso del astro de la esperanza.

De pronto, en una de esas transiciones de su espíritu, y con tono que no se parecía al que había empleado pocos momentos antes, dijo:

—Hoy pensé haber ido a verte para decirte adiós... He perdido mucho tiempo... Pienso salir pasado mañana...

Engracia le miró, al parecer tranquila, pero Rafael María no pudo menos que advertir en su semblante la dolorosa sorpresa qué habían causado sus palabras.

—Al fin...—contestó sin saber que decir, y para aparecer serena, preguntó:—¿No espera que llegue el nuevo cura?

—No es preciso. He instruído al mayordomo detalladamente, y dejo una larga carta para mi sucesor... Sé que se prepara en el pueblo una manifestación de cariño en mi favor, deseo evitarla... Quiero salir sin que nadie me vea, y por eso he resuelto adelantar el día de la partida. Guárdeme el secreto.

—Si así lo desea usted...

—Sí, te lo ruego.

—Será usted complacido... No hay que hacer gran esfuerzo para callar.

Engracia se quedó mirando al cielo al través del follaje, y Rafael María pudo advertir que lloraba silenciosamente.

Empezó a sentir que su corazón se oprimía, y pensaba ahora noblemente, que no debió haber provocado aquella escena. ¡Aún pretendía luchar, el pobre vencido, con armas de cuyo temple él mismo desconfiaba!

—Sí—prosiguió Rafael María, siguiendo el



curso de sus ideas—. Quiero salir solo, sin acompañamiento, solo, con mi dolor y mis recuerdos.

—Y volverá u...?

—Sabe Dios cuándo... ¡Tal vez un año, quién sabe!...

—¡Un año! Cuánto puede ocurrir en un año!— dijo Engracia afligida. Y después de una pequeña pausa agregó:—¡Ah, con que ansia esperaré su regreso!

Rafael María se conmovió al oír aquellas palabras, y dulcificando su voz, repuso cariñosamente.

¿Qué puede ocurrir? Todo lo he dispuesto a fin de que no te falte nada... Quizás tu marido, una vez que haya purgado sus culpas en el tribunal de los hombres, vuelva a tu lado, arrepentido para que Dios también le perdone.

Oh, no —interrumpió Engracia indignada— yo no quiero que vuelva... No le amo ya... Ese hombre no conoce otro amor que el de la bestia... No tiene corazón ni sentimientos, es un vicioso, un libertino, ahora siento asco por él...

—En el mundo todo es susceptible de mejora—interrumpió sentenciosamente Rafael María—; grandes pecadores se han regenerado, y han sido perdonados. El perdón es lluvia celestial que a todos alcanza y a todos purifica. Tal vez aún puedas ser feliz.

—Ser feliz? Ah, ya no lo espero... Usted debe saberlo bien!...

Rafael María se estremeció profundamente emocionado. Por segunda vez, allí mismo, bajo el cenador, oía ese sincero, tierno reproche de Engracia. Luego, era él el único hombre capaz de hacerla feliz. Él era el único dueño de la felicidad de Engracia, sí, ¿a qué negarlo?, él lo sabía hacía muchos años a pesar de la duda que en un tiempo le había empozoñado el alma, y recordaba entonces lo raro y equívoco de su situación, de sus sufrimientos. Quiso hacerla feliz entregándola a otro hombre, y al propio tiempo se desesperaba al creerse pospuesto a ese hombre, olvidado por aquella mujer que había sido el eterno sol de su vida, a pesar de los eclipses con que su misticismo convencional había ocultado, por breves instantes, aquellos rayos intensamente luminosos que le cegaban.

Vió la verdad desnuda, que se alzaba inflexiblemente triunfadora, y quedó anonadado ante aquella deidad que no admite convencionalismos, ni hipocresías, cuya autoridad se impone sobre todo, contra todo, a despecho de los más sutiles silogismos de la casuística.

Anonadado bajo el peso de la realidad, sintiendo su alma anegada en una dulzura infinita, tomó una mano de Engracia y la retuvo entre las suyas.

—Engracia, por Dios —dijo mirándola triste-

mente—¿Por qué tal desesperanza? Aun puede nacer tu amor, Mauricio puede regenerarse... Tal vez cuando yo vuelva te encuentre rodeada de dicha... Estás ahora bajo una impresión pasajera...

—Nunca, nunca—clamó ella con voz firme—, Mauricio ha muerto para mí! Yo también huiré de esta casa, y cuando no pueda trabajar, buscaré un asilo en un Hospital, en cualquier parte, donde pueda ponerme a salvo de sus asechanzas... Ciertamente, usted tenía razón, yo hice mal en recibir a Mauricio ocultamente, en mi casa, como si fuera un amante... No sé lo que me pasaba... Ahora, al lado de usted, que es como estar en una alta montaña, veo la bajeza de mis actos pasados... Perdón... perdóneme... Si al menos lo hubiese hecho movida por el amor, por el amor que es tan santo, tan bello!...

La pobre gemía y hablaba, presa de inmensa aflicción. Echada sobre la mesa, había escondido la cara en su brazo, y un hipo doloroso le hacía estremecer el busto, que Rafael María contemplaba, con ojos desencajados, sin saber si huír, cobarde, ante aquella explosión de dolor, de sentimiento, o si estrechar a Engracia entre sus brazos, transportado de gozo, en la plenitud de su amor.

Reportóse cuanto pudo, y le dijo al oído, con voz dulcemente dolorosa, saboreando las palabras que salían de su boca, al principio

con la dulzura de un madrigal, y después vehementemente y arrebatadora!

—Engracia, oh mi Engracia de mi infancia, de mi juventud, de mi vida... ¿crees que por que quiero partir he dejado de amarte? Oh, no, estrella de la mañana, casa de oro, consuelo de los afligidos... ¡Te amo como siempre te he amado, Oh, deseada e intocada virgen de mi amor!... ¿Qué esperas de mí? Yo no habría podido hacerte mi esposa sin grave escándalo de mi credo, que excluye de la comunión del amor a los que como yo servimos al culto de ese mismo amor, porque como dice San Juan «El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor». Somos hombres de predicación y de ejemplo. Aman los mundos que se multiplican en el cielo, y los animales que viven en la tierra y bajo la tierra, y bajo las aguas. Aman los montes, y las plantas, y las flores, y las piedras, y los insectos, y los infusorios... Todo ama en el universo, porque el universo es el gran vientre donde gesta el eterno amor que fecundiza Dios con su potente soplo... ¡Pero nosotros!... Ah, nosotros no podemos, no debemos amar, debemos cruzar por este concierto universal, corporalmente ciegos y sordos, sólo atentos a la verdad eterna, al cumplimiento de nuestros deberes y de nuestros sacrificios.

Engracia oía a su amigo con toda la admiración de que era capaz, y empezaba a creer

que aquel pobre corazón que tanto la amara, había logrado, después de las grandes luchas en que lo había visto empeñado por tanto tiempo, la gran victoria, la victoria radical, y definitiva de matar las palpitations de su carne-apasionada, el triunfo de que más puede gloriarse el sér humano, que busca como finalidad de una vida intensamente meditativa, la unión de su alma, con la perfección suma, con el gran espíritu, con la inmortalidad. Todo esto lo pensaba Engracia rudimentariamente, pero su gran fondo de curiosidad, su temperamento sanguíneo, apasionado, y aquel vago deseo de examen y de análisis, que siempre había demostrado, le sugirió algunas ideas que no quiso o no pudo ocultar, ya que, llevada de la mano por aquellos derroteros metafísicos, por él hombre a quien amaba y de la cual era amada, insistía en creerlo, a pesar de todo, se creía autorizada para oirlo todo, para decirlo todo.

—Pero— repuso— ¿es eso posible para seres criados por ese mismo Dios que manda amar? Yo recuerdo haber leído que San Pedro fué caído, lo mismo que casi todos los apóstoles, y que después. . .

Quedóse sollozando sin saber cómo terminar de expresarse en su insuficiente cultura.

Rafael María, suspenso, miraba a Engracia fijamente, ahora que traía a su memoria las faces de ese proceso que él había estudiado con su-

mo interés, y recordaba que, ciertamente, San Pedro, vicario de Cristo, fué casado, como lo fueron todos los apóstoles a excepción de Juan, y como también lo fueron San Lino, sucesor de San Pedro, y otros papas y príncipes de la Iglesia en los primeros siglos del cristianismo. Recordaba también, como, la iglesia griega, tan estrechamente unida a la latina, había conservado siempre el matrimonio de sus sacerdotes, y mentalmente leía, por la milésima vez, al gran apóstol San Pablo ~~(1)~~

«Es necesario, pues, que el obispo sea irreprochable *marido de una sola mujer*, vigilante, templado, de buenas costumbres, hospedador, apto para enseñar. No amador del vino, no heridor, no codicioso de ganancias torpes», etc. «Los diáconos sean asimismo honestos... *maridos de una sola mujer*, que gobiernen bien sus hijos y sus casas...» etc. <sup>(1)</sup>

La pregunta de Engracia tan ingenua, y, sobre todo, de una lógica tan profunda, vibraba en los oídos de Rafael María; la sentía como un fino bisturí que removía sin piedad aquella oculta llaga, y contestó trabajosamente, inseguro en sus religiosas arrogancias de creyente:

—Con la ayuda de Dios no hay nada imposible... Además, existe una ley que obliga al sacerdote católico a observar la castidad, el ce-

(1) I Epístola de Timoteo, cap. III.

libato, y hemos jurado ser fieles observadores, guardianes de las leyes de la Iglesia, a quien debemos respeto y obediencia.

Engracia había enjugado sus lágrimas, y miraba a Rafael María con ojos inquisidores, experimentando no sabía qué oculto placer, en aquella conversación que tanto había deseado, para hacer un poco de luz en el tenebroso caos en que habían naufragado las más bellas aspiraciones de su vida.

## XXXVII

Durante la pausa que siguió a las últimas palabras de Rafael María, quedáronse abstraídos, siguiendo cada cual el hilo de sus propias ideas.

En aquella gran calma que les envolvía, apenas alterada por el susurro de la brisa en el follaje, y por el chirrido de los grillos que percibían con sonoridades metálicas, oían su respirar anhelante, y el vuelo medroso y tímido de algún suspiro que se escapaba.

—Hay una ley... una ley que impone el celibato—repetía Engracia siguiendo el curso de sus meditaciones—<sup>¿</sup> Pero esa ley, cómo es, de dónde emana <sup>1, Es</sup> una ley divina?...

—Es una ley de la Iglesia... El pontífice es el supremo legislador, y sus leyes deben ser observadas por nosotros. El vicario de Cristo, en su infalibilidad, no puede decretar leyes injustas: sus decisiones tienen la sanción de Dios...

Volvieron a abismarse en sus ideas.

Rafael María meditaba, volvía a recordar que una de las principales razones que pesaron en



la Iglesia para decretar esa ley, fué el impedir que los bienes de los sacerdotes pasaran a poder de sus herederos, puesto que, según el derecho antiguo esos bienes correspondían a la Iglesia. Los eclesiásticos no tenían el derecho de testar, y a su muerte, sus esposas e hijos se hallaban en el desamparo y en la miseria, y naturalmente, pocas eran las mujeres que se resolvían a afrontar semejante situación, quedándoles las más de las veces, una familia a quien sostener.

Algunos clérigos se daban traza para ocultar sus haberes, burlando la ley; otros, procuraban dar a sus hijos espléndidas posiciones emparentándolos con familias poderosas, y dándoles magnífica educación.

Viendo la Iglesia la facilidad con que eran burladas sus disposiciones, acordó, prohibir el matrimonio de los eclesiásticos.

Recordaba también esta frase, seguida de ciertos comentarios que habían lastimado hondamente su ortodoxia: «Sabidas son las resistencias que encontró la Santa Sede, cuando la institución del celibato eclesiástico. Para triunfar de la oposición, el papa Gregorio VII, entrando, o fingiendo entrar en las ideas de la época, sostuvo, por el contrario, que el celibato de los sacerdotes tenía precisamente por objeto impedir la invasión de la Iglesia por la feudalidad, haciendo imposible la apropiación por los

servidores y sus familias, de las funciones y propiedades eclesiásticas» (1).

Luego, esa ley, él lo sabía bien, no tenía origen divino, no era fundamental, implícita a ninguna de las órdenes eclesiásticas, y aún sabía que el papa, como supremo legislador, podía dispensar y autorizar el matrimonio de un sacerdote.

De todas estas reflexiones, y deseando ilustrar el punto, hizo un ligero resumen, que expuso a Engracia, lleno de ingenua veracidad, sin ocultar el fondo de la cuestión.

Engracia examinaba, analizaba esa ley que ahora le parecía monstruosa, y que se mantenía contra toda justicia, contra toda moral, por una inexplicable aberración que aún persistía como una herencia de férrea disciplina, de aquellos tiempos pretéritos, con todas sus abominables secuelas.

Era ya muy tarde cuando se separaron los dos amigos.

—Mañana te veré quizás por la última vez— dijo Rafael María, separándose de Engracia, y sintiendo que aquella mujer se llevaba algo de su sér, algo que era parte integrante de su alma. Con la cabeza baja, y sintiendo una honda amargura por aquella separación que él había provocado en uno de esos momentos que él

---

(1) P. J. Prohodon—«Amor y matrimonio».

juzgaba lúcidos, en los cuales todavía hallaba alguna fuerza impulsora que le hacía reaccionar valerosamente, anduvo lentamente, sin noción clara de lo que hacía, hasta que se halló en su cuarto, frío y solitario.

Apagó la lámpara que ardía sobre su mesa de trabajo, y rendido, como si sus nervios hubiesen sufrido enorme tensión, se dejó caer vestido en el lecho, que crujió tristemente con ruidos que le parecieron de extraña sonoridad.

Allá, en la torre de la iglesia, el reloj dejaba oír las campanas con que anunciaba aquel correr loco de las horas, que él contaba en medio de sus hondas reflexiones. La una, la media para las dos... Las dos!... Las tres!... ~~cuatro,~~  
~~ya las tres!~~ Y en aquel marasmo que empezaba a sumir su espíritu en las nieblas de un sopor agitado, veía, como en la penumbra de un sueño, una forma blanca, alta, que empezó a cobrar líneas, a diseñarse en el fondo oscuro de la estancia.

La forma acabó de condensarse... Veía el rostro de aquel fantasma...; esa nariz..., esos ojos... Ah, sí, el Padre Juan; era el Padre Juan!; era el Padre Juan que le miraba con expresión de profunda dulzura. De pronto el fantasma movió sus labios como si rezara, y alzando el índice, con ademán sentencioso, dijo, con voz solemne... «No perjures, no cometas hipocresía... Antes que deshonorar tu vestidura de apóstol, abandónala, despójate de ella; si has errado la

senda, vuelve atrás... Reconocer el error es una virtud... Persistir en la hipocresía es pecado... »

Calló la voz y aquella figura se esfumó lentamente, se deshizo, como esas nubecillas blancas que el sol disuelve en el fondo del cielo.

Rafael María despertó, azorado, nervioso al sentir que su lecho había crujido, como si hubiese sido sacudido por una mano invisible; aún percibía la vibración de la tela metálica. Permaneció inmóvil recapacitando, escudriñando las tinieblas con los ojos abiertos. Por primera vez sintió miedo, un miedo ridículo de estar solo en aquella casa. Sonaron otras campanadas... ¡Las cuatro!, pronto amanecería, vería el sol padre de nuestras alegrías otra vez, ~~halló el error, y después?~~

El viaje, ese viaje... Largo rato permaneció meditando. Por fin, ya cerca de las cinco, el cerebro y los nervios descansaron de aquella enorme tensión, y un sueño pesado, soporoso, invadió aquella naturaleza que caía, por sabia compensación, en una absoluta inmovilidad. Antes de cerrar los ojos, balbuceó.— ¡Mañana!— y una sonrisa enigmática animó su faz.

Y fué tan pesado su sueño, que no oyó a las seis el toque de campanas que le llamaba a decir la misa cotidiana, primera e ineludible obligación de todo párroco.

La admiración del sacristán no tenía límites. Los fieles estaban congregados en el templo, y el señor cura no llegaba. Fué a llamarlo.

Rafael María despertó sobresaltado, se vistió soñoliento, la cabeza pesada, hecha un caos; sentía ruidos en los oídos, la boca amarga, una amargura que no acababa de tragar nunca... Con una indecisión que él mismo no acertaba a explicarse, se acercó a la percha y tomó su sotana. Advirtió el mismo olor de siempre, aquel olor a incienso, que tenía el don de recordarle la ceremonia de su devoción, sus prácticas piadosas.

El sacristán le esperaba, respetuosamente en el comedor, extrañando aquella desusada tardanza. Después de algunos minutos de espera, Rafael María le llamó:

—No hay misa— le dijo—; estoy enfermo, me siento mal... Avisa a la gente.—Y se volvió a tender en la cama, a medio vestir.

Por primera vez, durante su curato, dejaba de celebrar el Santo Sacrificio en la parroquia de San Roque

«El Padre Juancito está enfermo», repetía la gente «ya no se irá».

El desasosiego de Rafael María fué inmenso. Una actividad nerviosa le acometía a cada momento, y volvía a recorrer las dependencias de la casa, en constantes soliloquios, evitando posibles encuentros con personas conocidas. Revisaba por la centésima vez su baúl de viaje y su valija; extraía algún objeto, y colocaba otro que creía necesitar. Tomaba un libro del que

leía alguna línea, para dejarlo luego, indiferente, en cualquier parte, sobre una silla, y proseguía sus paseos, en la habitación, hasta fatigarse de aquel ir y venir, como péndulo de reloj que no tiene otra cosa que hacer que medir el tiempo que se va.

No quiso comer, pero con frecuencia apuraba taza tras taza de café que le era servido en su cuarto.

*fue*  
Cayó la tarde, empezó a anochecer, y aquella excitación nerviosa parecía ir en aumento; cuando salió la luna, y el fresco de la noche oreó su frente, ~~salio~~ al patio a pasear bajo las glorias de esa noche, en que las estrellas titilaban en el esplendor de una noche tropical. La luna ascendía luminosa, y aquella calma caía como un lenitivo en el corazón de Rafael María, que alargaba sus paseos hasta cerca de los cafetos de la casa de Engracia.

Poco rato después, advirtió que ésta salía con dirección al jardín, y aproximándose, llamó con voz clara y firme.

—¡Engracia!

Por toda contestación Rafael María oyó el glorioso campanilleo de una risa, aquella risa que era una obsesión de sus sentidos, y que ahora sonaba limpia, plena, espontánea, como chorro de pedrería maravilloso.

—¡Qué susto me ha dado!—dijo por fin todavía riendo—. Me creía sola.

Se saludaron bajo la penumbra de los cafetos, y como guiados por una previa inteligencia, marcharon hacia el cenador, que les acogió bajo su palio de campánulas.

Engracia parecía estar contenta, despreocupada.

—Sabe — le dijo sentándose —, deseaba verlo para darle una noticia. Mauricio ha sido prendido con un alambique de hacer *guaro* <sup>(1)</sup> Parece que lo delataron y está preso. . .

—¡Pobre!—exclamó Rafael María sorprendido.  
—¿Quién te ha dado la noticia?

—Un vecino de allá, de la finca, que vino esta mañana.

—El asunto es grave—repuso Rafael María.  
—Es reincidente en el delito de contrabando, a más de la pena que le han impuesto por las heridas que te causó. Ya tiene el desgraciado para algunos años de presidio.

—Él tiene la culpa de todo. . . ¡Su mala cabeza. !

Rafael María pensaba en el triste fin de aquel muchacho que pudo haber sido un hombre de bien y haber disfrutado de una relativa felicidad.

Siguieron hablando del asunto. Engracia se opuso resueltamente a que Rafael María hiciera gestión alguna en favor de Mauricio.

(1) *Guaro*, nombre con que el pueblo designa el aguardiente de caña blanco.

—¿Para qué?—terminó—. Volverá a las andadas en la primera ocasión.

Hubo un momento de silencio, silencio embarazoso que Rafael María no se atrevía a interrumpir. ¡Se sentía tan cobarde ante la idea de su próxima despedida!

De pronto Engracia preguntó, cariñosa.

—¿Y cómo ha seguido? Usted amaneció hoy enfermo... Me había olvidado de preguntarle.

—Sí, bastante indispuerto... Pasé una noche terrible... No pude pensar en mi salida de aquí sin experimentar un profundo desconsuelo... Es tan triste abandonar el lugar en que se ha nacido... donde ha corrido nuestra infancia feliz. Cada recuerdo es una espina que se clava en el corazón haciéndolo sangrar ¡y tengo tantas!

—¿Y yo!—exclamó Engracia, ingenua, sincera—no puedo olvidar tampoco tantas cosas... Se acuerda de nuestras visitas a la sacristía y al campanario?

—Sí...

—¿Y de aquel San Roque sin nariz y sin manos que tenía cara de Judas, según dije una vez? Ahí está todavía...

—Sí—contestó Rafael María sonriendo plácidamente...

—Y de aquella tarde que fuimos al platanal, cuando usted le dió a aquel muchacho un golpe con el cuchillo...

¿Se acuerda?; ¡qué susto!



—Sí... ¡perfectamente! como si lo estuviera viendo...

—Y luego se vino a esconder en la ~~noche~~ *troje*... Caray — pensaba yo orgullosa —, ¡qué es valiente Rafael María!... Y todo por defenderme a mí...

6 Se acuerda?

—Ay! sí...

—Y después... usted se fué a San José, al seminario, ¡y yo me quedé más afligida!... Siempre creía que de un momento a otro usted dejaría esos estudios... no sé, pensaba que usted no llegaría a ordenarse, que de pronto volvería.

Aquellas palabras pronunciadas de manera tan sencilla, tan ingenua, en la intimidad de aquella conversación, la última quizá que tendrían antes de su despedida, recordaron a Rafael María la época más triste de su vida, y ¡por qué no decirlo? —el enorme error en que había caído su alma cándida de niño creyente, deslumbrada por el miraje de una carrera que constituía para él el pináculo de sus infantiles aspiraciones.

«Pensaba que usted no llegaría a ordenarse, que de pronto volvería...» Ah! ¡cómo resonaban, en su alma conturbada, esas palabras! Sí, él había huído del amor, y el amor quedó esperándolo confiado en su fuerza poderosa... Él había llevado en el alma su simiente, y en ella había nacido y florecido, a despecho de aquello que había creído vocación irresistible de su fe

de niño... Luego, la esperanza del olvido, del olvido piadoso que no había llegado nunca... Después, la vanidad del sacerdocio, la confianza en la propia virtud, que se había transformado en el más doloroso de los martirios...

Ah! por qué no había esperado, ¿por qué no había meditado más humanante, antes de emprender aquella vía dolorosa en cuyas zarzas fué dejando los jirones de su existencia?

Si el sér humano para el cual no caben excepciones, se debe a la vida, ¿por qué no buscó la vida, la verdadera vida, que es el amor, en el amor mismo?

Con la cabeza baja y respirando trabajosamente, como quien experimenta el enorme peso de sus desdichas gravitar sobre su corazón, meditaba y recorría todas las etapas de su vida pretérita para llegar a la conclusión de que había amado a Engracia desde niño, que la amaba con la doble fuerza que le comunicaban la propia imposibilidad de su amor, y la prohibición cruel de la ley que lo excluía de la única comunión que engrandece, que purifica y que salva. u

—Mira, Engracia—dijo después en un tono de dolorosa confianza, descubriendo valerosamente las llagas de su alma, en un momento de suprema sinceridad, como pecador que no esconde, en el supremo tribunal, ninguno de los sentimientos que agitan su conciencia —.

Mira, ciertamente que tú y yo nacimos el uno para el otro... El amor cantó en mi alma extrañas canciones, desde mi más tierna infancia...

Mi vida toda a sido un culto de adoración de tu sér... de tu nombre... de tu recuerdo. Yo seguí los impulsos de una vocación a que me sentía llamado... Sufría tanto que creí no hallar en la vida mejor refugio que consagrarme a Dios. Mi amor a ti, y mi vocación eran como dos alas inmensas que me llevaban al cielo, pero el ala de mi vocación se ha consumido en incendio fatal, y hace tiempo que caigo en caída espantosa, voltejeando, no sé hacia adónde, así como cae el ave con un ala rota... Yo creo que caigo, que desciendo... ¿Pero acaso en el inmenso vacío, se sabe cuánta se cae y cuándo se asciende? Quién puede decir que el movimiento sin puntos preconcebidos sea caída o ascensión?

Después, ya consagrado a Dios, quise alejarte de mí... eras un arroyuelo de aguas puras que cantabas en un edén, y ¡tenía yo tanta sed! Ciego, por la vanidad de mi martirio, por la vanidad de mi sacerdocio, te sacrifiqué; fuí un egoísta, te entregué a un hombre a quien no amabas, y bendije un verdadero concubinato, por que la unión del hombre y la mujer sin amor, no tiene otro nombre... El amor todo lo santifica.

La voz de Rafael María se veló en una intensa emoción, y empezó a sollozar, con llanto interior, bebiendo sus lágrimas.

Engracia lo había oído tristemente, y sentía el corazón despedazado ante aquellas confidencias. Cuando lo oyó sollozar, no pudo contenerse, y sollozó también, sintiendo que su alma desfallecía en anhelos de infinitas ansias; dobló el busto sobre la mesa, y dió rienda suelta a sus lágrimas.

Rafael María se levantó, profundamente conmovido, y temblando de emoción se arrodilló a su lado. La escasa luz de la luna, filtrándose por el follaje del cenador, alumbraba su faz intensamente pálida, y con voz de angustiada súplica, escondiendo el rostro en el regazo de Engracia gimió :

— ¡Perdóname, Engracia de mi alma, todo el daño que te he causado!

Engracia no pudo contestar; alzó la cabeza y se miraron apasionadamente, bebiendo sus almas al través de sus lágrimas.

— Ahora— prosiguió Rafael María— es preciso que esto termine. Digámonos adiós, partiré mañana. Yo seguiré mi calvario, hasta el fin, y tú prosigue el tuyo.

Engracia se estremeció, visiblemente emocionada; abrió los ojos como en una expresión de espanto, y se arrojó en los brazos de Rafael María que la estrechó transportado, loco, en la

tensión más alta de su amoroso frenesí, que hizo gemir a Engracia, que también le estrechaba deshecha en llanto que Rafael María sentía en su propia faz, anegadas sus almas en el mismo apasionado sentimiento, sus labios se juntaron en prolongado beso, que parecía fundir todo el fuego de sus almas, y así permanecieron unidos, sin darse cuenta de nada, puesto que nada existía para ellos en el universo, fuera de ese transporte soñado por los dioses en sus horas de ansias inmortales.

¿Cuánto tiempo permanecieron así?

Nunca lo supieron... Una eternidad de ventura en algunos minutos.

Cuando despertaron de su éxtasis, se encontraron sentados al lado de la mesa, estrechamente unidos, jadeantes de felicidad en aquel cansancio físico de sus caricias.

Rafael María estaba como iluminado; sus ojos, sus bellos ojos pardos oscuros, brillaban con fuego inusitado, con los reflejos del incendio de su alma. Fué él, el primero en hablar.

—Si este es el amor, bendito sea—dijo con voz clara, erguido, como en una resurrección gloriosa—. Tú me has redimido, Engracia, me has ganado para tu corazón, para el amor. Serás eternamente mía, y yo eternamente tuyo...

¡Ya no iré al calvario!... Iré al tabor fulgurante, pero iré contigo, porque ahora nos iremos los dos, lejos, muy lejos, donde nadie nos co-

nozca, donde yo trabaje para ti... Colgaremos nuestro nido bajo cualquier árbol, en cualquier parte... Ya soy un hombre, me siento transfigurado... Ya no soy un rebelde a la ley natural, ya no soy un protervo del amor, ya no soy un hipócrita... ¡Tomo mi parte en la vida, bajo el sol que inunda de luz el universo. Ya no lucho contra Dios!

Y diciendo esto, trémulas las manos por la emoción, quitó de su garganta el cuello bordado, única prenda que conservaba puesta entre casa, de la indumentaria sacerdotal, exclamando:

— ¡Es un dogal que me ahoga! deja mi garganta ileso, sin mancilla; le he sido fiel como lo he sido a ti, oh, mi amorosa e intocada Engracia, virgen de mi alma, a quien recibo por esposa en el santuario de mi conciencia!

La luna seguía brillando en toda la plenitud de su belleza, como lámpara celestial de aquel epitalamio de dos almas, que se unían por sobre todos los prejuicios y convencionalismos humanos, para emprender su marcha triunfante, al divino país del amor.





